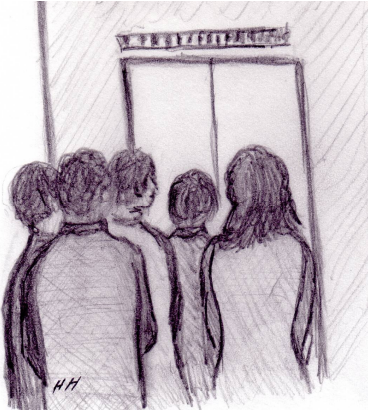


El Ascensor

Aquí estoy, sentado en una celda desde hace tres horas, esperando a mi abogado para que me saque de este lío estúpido en que me he metido sin querer. Yo que no le he hecho daño a nadie en mi vida, un hombre de bien que jamás he tenido líos con la policía. Yo, un ciudadano que siempre he cumplido con mis obligaciones, que soy un buen católico que va a misa todos los domingos y fiestas de guardar,



¡cómo les parece, metido en una celda, dizque preso, yo, maldita sea mi suerte, no faltaba más! Y encima vienen a decir estos desgraciados que yo soy asesino o secuestrador. Para empeorar la cosa el abogado que contraté no aparece, y estos policías mirándome mal, como si fuera un delincuente o un terrorista. ¡No hay derecho hombre! Qué irá a decir la gente. Y quién se va a aguantar a mi mujer echándome cantaleta, cuando se aclare esta pendejada. Qué diablos será que no aparece este abogado, hombre, qué voy a hacer ahora...

—¡Eh Avemaría, por Dios!, al fin llega usted, ¡carajo que se demoró!

* * * * *

Hacía una semana que llovía sin parar. Durante los dos últimos días un viento huracanado y frío nos azotaba haciéndonos sentir miserables y tristes. Al mediodía, cuando me dirigía a la cafetería donde almorzaba, la lluvia arreció. Me protegí debajo del alerillo de un almacén, maldiciendo por haber olvidado mi paraguas. Finalmente, me decidí a cruzar el parque cubriéndome del agua con un periódico, cuando lo vi. Estaba sentado en una de las bancas del parque, empapado, tiritando y con la mirada perdida en la lejanía.

—¿Qué haces aquí mojándote de esa manera Pedro?

Sin mirarme me dijo:

—Espero que amanezca.

La respuesta me sorprendió.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, lo que te dije, espero que amanezca.

—Por favor Pedro, debes de estar loco, es la una de la tarde, y tú estás hablando de amanecer. Vente conmigo a la cafetería de la esquina y nos tomamos algo caliente.

Sumisamente me acompañó, entramos y pedí al mesero una toalla. Lo sequé lo mejor que pude y ordené dos cafés. Fumamos un cigarrillo y le pedí que me contara lo que le pasaba.

Aspiró largamente el cigarrillo y, con la mirada perdida me contó esta extraña historia:

“Esta mañana, como lo hago cada miércoles, entré al edificio del Banco del Comercio para visitar a mis corredores de bolsa y saber de mis inversiones. En el hall de entrada varias personas esperaban los ascensores. Al abrirse uno de ellos, todos entraron y cuando yo intenté hacerlo, sentí que algo, una fuerza extraña me frenaba. Retrocedí y esperé otro.

Estaba solo, y unos segundos más tarde al otro lado del hall, un ascensor abrió las puertas y una voz me dijo: “siga por favor”. Entré, marqué el piso 17 y se cerraron las puertas. “Qué extraño” me dije, “no recuerdo que tuvieran sistema de sonido en estos aparatos” y me pareció más raro todavía, pues no recordaba que hubiera ascensor a ese lado. Pasó por el piso 17 y siguió de largo sin parar. Un poco molesto marqué los botones de otros pisos, tratando de salir, sin embargo éste siguió derecho hasta que llegó al último piso.

La voz volvió a decir: “Gracias, siga por el corredor a la primera oficina que encuentre”.

“Bueno”, me dije para mis adentros “tal vez se trata de algún ascensor privado”. Cuando salí caminé unos dos o tres metros, miré hacia atrás y con sorpresa vi que la pared estaba completamente lisa. Me devolví, toqué las paredes y una sensación de frío recorrió mi médula espinal. Nervioso caminé por el pasillo que terminaba en una puerta al final, era la única que había. Cuando me preparaba para tocar, ésta se abrió y una dama, la mujer más hermosa que yo había visto en toda mi vida me dijo:

—Siga por favor, lo esperábamos.

Entré, y no presté mucha atención a la oficina, debo confesar que la chica era el foco de mis miradas. Su cabello negro, sedoso y brillante, su rostro perfecto, ojos verdes esmeralda y una boca sonriente, con labios sensuales y provocativos. Sus senos enhiestos, desafiantes y atrevidos y un cuerpo como para volver loco a cualquiera, era simplemente sensacional, sus suaves curvas de guitarra flamenca, era como una de esas madonas nacidas de los pinceles de los grandes maestros. De toda ella emanaba un perfume embriagador y perturbador.

Sin embargo, había algo misterioso, era de ese tipo de personas de las cuales uno inmediatamente se da cuenta de que son inaccesibles, como si tuviera una banda en el pecho que dijera “No tocar, fruta prohibida”. De vez en cuando se notaba algo raro en sus movimientos, algo casi imperceptible, como si en vez de ser un ser humano fuera una muñeca. Por un momento pensé, con pesar, en mi mujer: mal arreglada, pasada de kilos, abandonada a su oficio de madre y ama de casa, perdiendo poco a poco sus atractivos juveniles...

—¡Señor, por favor!, es la segunda vez que le pregunto por su nombre, - escuché que decía.

—Perdone usted, me llamo Pedro Cabal. Pero permítame decirle señorita que yo creo que estoy en el sitio equivocado. Realmente ésta no es la oficina a la cual yo venía.

—No, no se preocupe, usted está en el sitio correcto. ¿Por favor cómo es su segundo apellido?

—Pedro Cabal Ramírez es mi nombre completo.

—Espéreme un momento, por favor. Se sentó y tecleó algo en el computador. Miraba con gran concentración la pantalla. Me dio la impresión de que estaba desconcertada.

Subiendo un poco el tono de mi voz volví a decirle:

—Mire señorita, yo creo que ésta es una confusión, yo solo venía al piso 17 y parece que tomé el ascensor que no era. Yo vengo a la oficina de los corredores de bolsa para revisar mis inversiones.

No prestó atención a nada de lo que le dije y, tecleando nuevamente, revisó la pantalla del computador, fue a un gabinete y sacó un disco, lo colocó y empezó a chequear nuevamente, luego imprimió algo y lo leyó detenidamente y, después de unos minutos y con cara de impaciencia me dijo:

—Hay algo que no está bien, espéreme un momento por favor.

Abrió otra puerta y la dejó entreabierta. Por el espacio que me dejó, pude ver lo que parecía un centro de computación con varias personas operando y manipulando computadores. Se dirigió a alguien, que me imagino era el jefe, y le mostró el impreso señalándome a mí. Me quedé de una pieza cuando, estirando mi cabeza, pude ver a esa persona. Era otra mujer, exactamente igual a la chica que me estaba atendiendo. Di una segunda mirada a esa oficina con más atención y me di cuenta, con gran sorpresa, de que todas eran mujeres y eran iguales, como si fueran copias exactas.

La que parecía ser la jefe, palmoteó y todas se congregaron en torno a ella, hablaban en voz baja y revisaban el impreso. Una de ellas me miró como con pesar, me guiñó el ojo y se sentó en una gran consola y operó lo que podría ser la madre de todas las computadoras. Después de unos minutos y con varias hojas impresas siguieron conversando en susurros hasta que, finalmente, la chica que me atendió primero se vino hacia mí y con cara de desconcierto me dijo:

—Vea caballero, lo lamentamos profundamente, pero todo ha sido un error imperdonable de nuestra parte. Le suplicamos que nos perdone pero su cita no es hoy sino mañana. Váyase tranquilo para su casa y no se preocupe que a su debido tiempo nosotras lo encontraremos.

Sabiendo que estaba en ventaja, pues ellas habían cometido un error, le dije:

—Un momento señorita, a mí me explican ahora mismo qué es lo que está pasando aquí. ¿Quiénes son ustedes y qué es lo que hacen en esta oficina?

—Lo siento mucho pero no puedo darle esa información. Como le dije antes ha habido un error tremendo en nuestros computadores, nuevamente le pido disculpas y le repito que, a su debido tiempo, nos volveremos a encontrar. -agregó enigmáticamente- cada persona tiene su hora señalada.

No sé cómo diablos bajé, pero sí recuerdo que al llegar al hall del edificio busqué el sitio del ascensor en el que me había subido y allí no había nada. Una matera grande de concreto, con palmas y otras plantas obstruían el paso a la pared. Pregunté al portero del edificio por la oficina del último piso y me dijo:

—Sí como no, los tres últimos pisos de éste edificio están desocupados desde hace dos meses. Si usted está interesado en alquilarlo tiene que hablar con el administrador.”

* * * * *

Guardé silencio unos minutos pensando en la historia que acababa de escuchar. Ordené más café, fumamos otra vez y, finalmente sin pronunciar palabra, nos dirigimos hacia el edificio del Banco del Comercio, subimos por un ascensor hasta el último piso y revisamos cuidadosamente. Las oficinas estaban desocupadas, y había algunos avisos de alquiler en sus puertas. Miramos los otros dos pisos con el mismo resultado. Bajamos y Pedro me indicó el sitio donde estaba el ascensor. Efectivamente no había el menor vestigio en ese sitio.

Aunque Pedro deseaba quedarse allí, esperando el amanecer, finalmente lo convencí y lo llevé hasta su casa asegurándome de que entrara.

* * * * *

Al día siguiente, como a las cuatro de la tarde, cuando regresaba de visitar unos clientes decidí visitar a Pedro para saber cómo estaba. Manejaba mi carro por el centro de la ciudad cerca de su oficina, cuando lo vi que caminaba por la acera acompañado de una mujer. La llevaba del brazo y conversaban animadamente.

Traté, a pesar de la congestión del tránsito de arrimarme un poco más para ver con quién iba, pero el impaciente chofer que me seguía empezó a pitar desesperadamente. Fugazmente pude verla, era una mujer hermosa de un caminar ágil, elegante y despampanante, recordé la descripción de la chica de la extraña oficina y mi corazón dio un salto empezando a acelerar sus latidos.

Busqué donde dejar el carro sin lograrlo y tuve que continuar la marcha. Por el espejo retrovisor pude ver que cruzaban la calle hacia el parque, aceleré buscando un sitio donde estacionar y, finalmente lo dejé en el primer espacio que encontré en la calle siguiente. Al bajarme los busqué con ansiedad y alcancé a verlos en el preciso instante que entraban al edificio del Banco del Comercio.

Mi corazón palpitaba desesperadamente. Corrí como loco hasta llegar al edificio. El hall estaba vacío. Subí al último piso y vi las oficinas todavía sin alquilar. Bajé nuevamente y me quedé al frente del edificio en actitud vigilante por el resto del día. Poco a poco las luces de las oficinas empezaron a apagarse y a las ocho de la noche el portero cerró las puertas del edificio y apagó las luces interiores.

Por razones de trabajo, al día siguiente me ausenté de la ciudad por una semana. Cuando regresé, leyendo el periódico, encontré esta noticia: *“La familia de Pedro Cabal Ramírez agradece a quien sepa de su paradero se comuniqué con el teléfono 43402644. Es urgente”*.

Llamé inmediatamente y concerté una cita con su esposa.

Al llegar, y después de las presentaciones de rigor, la señora me explicó que el señor que la acompañaba era Abelardo Gutiérrez, detective encargado de investigar la desaparición de Pedro. Les conté la historia con todos los detalles, fuimos al edificio del Banco del Comercio, les mostré el supuesto sitio del ascensor, subimos al último piso, las oficinas estaban todavía desocupadas.

Al salir, el señor Gutiérrez me dijo: “lo lamento mucho, señor Restrepo, pero me tiene que acompañar. Queda usted detenido preventivamente, su historia no se la cree nadie. Una persona no desaparece así porque así. Usted está involucrado en algo muy siniestro y es partícipe en un secuestro o un asesinato. Usted tiene todo el derecho a permanecer en silencio y no contestar mis preguntas hasta que consiga un buen abogado”.

Humberto Hincapié
Karióng, Febrero del 2002